

*Érase una vez, un relojero ambulante. Que nunca arregló un reloj. Que solo hizo dos relojes en su vida y que desapareció tan pronto como los terminó...*

¿Recuerdas cuando papá nos contaba aquella historia? Pues aquí estoy hermano mío, dispuesto a contarte mi propia historia de cómo pude volver a verte.

Cuando teníamos ocho, nuestro padre nos regaló estos relojes, y cada uno lo grabó con sus iniciales en la parte inferior. Teníamos que identificarlos de

alguna forma, porque eran relojes idénticos, como nosotros. En nuestra adolescencia, cuando nos miraban, lo único que distinguía el uno del otro eran las iniciales escondidas que teníamos grabadas en nuestros relojes. Incluso en nuestra vida adulta nunca nos separamos, y estoy muy contento de eso. Nunca en la vida estuvimos más de dos meses sin vernos, cada uno tenía su propia familia, sus trabajos, hijos, amigos... Pero siempre nos tuvimos el uno al otro como un soporte inquebrantable. Era la unión en-

mi astucia... Si hubiera estado contigo hermano mío habríamos peleado como un solo hombre y de seguro salir victoriosos de esa terrible situación, pero tú ya estabas en el mundo de la muerte y yo sin ti, soy la débil mitad de un ser humano.

Vayamos juntos querido hermano, a jugar por siempre y para siempre, pues donde estemos, en la vida o en la muerte, estaremos juntos por la eternidad.

tre gemelos de la que los adultos nos solían hablar de pequeños.

Pero un día la muerte clamó nuestras almas, mas solo una se llevó. Mi corazón no pudo más que dividirse en dos. Sin embargo, nuestra historia no acabó con la muerte de la primera mitad, era el último arco de nuestra historia, sí, pero, aún así, considero un hecho lamentable de que el último capítulo fuera solo protagonizado por mí.

Tu muerte tocó profundo en mi espíritu y de ahí solo

me convertí en un cuerpo andante. Mi familia ya no reconocía en mí lo que se suponía yo era. Me convertí en la mitad de un ser humano.

Ya te imaginarás hermano mío, la sorpresa que espantó mi corazón al abrir, dos meses después de tu supuesta accidental muerte, mi mesa de noche antes de dormir. ¡Ahí estaba mi reloj! ¡Con mis propias iniciales! ¿Pero, si ese era mío, qué entonces llevaba yo en mi muñeca?

Enorme fue mi sorpresa al darme cuenta de que las ini-

vertido ya en un “hombre fuerte”.

Intenté huir. ¡Correr de ahí como un cobarde! ¡A pesar de la fortaleza que gané concentrándome en un objetivo admirable, fui horrorizado con un terror insoportable en mi corazón! Pero ya nada servía pues el demonio, en su gigantesca fuerza, me atrapó. Luché con todas mis fuerzas hermano mío, pero nada era posible contra aquél que en otro mundo nació. Luché de todas las formas que te imaginas, con mi fuerza, con mi inteligencia, con

¡Lo invoqué, hermano mío! Dos meses demoré en estudiar los libros viejos de papá y después de tres intentos logré por fin hallar al ser maldito que tu vida llevó. Mi cuerpo se paralizó y no sentí otro sentimiento que no fuera horror al ver al ser demoníaco ante mí. Gigante e inmortal, así lo describiría. Ninguna palabra salió de nuestras bocas pues él me reconoció al instante e inmediatamente reconocí mi error. Por venganza, y con el único objeto en mente de hacer justicia por nuestra familia, me había con-

ciales del reloj que tenía en mi mano eran las tuyas y no las mías como se suponía debía ser.

En aquel entonces, recuerdo haber puesto tu reloj en tu muñeca ¡En tu mismísimo funeral! Lo revisé, lo toqué, y lo sentí mío, como tuyo era el que yo tenía. Me aseguré de que te fueras al mundo de la muerte con un recuerdo de mí, de tu otra mitad, y lo dejé en tu cuerpo como simbolismo de nuestra eterna relación.

Estoy seguro que así fue, entonces, ¿Por qué tenía yo en mis manos los dos relojes geme-

los? Lamento decirte que aún no hallo respuesta a tal incómoda pregunta, aunque podrías sacar tus propias conclusiones mientras mi historia te relato. ¿Podría ser que nuestras vidas estuvieran en manos ajenas que solo querían jugar con ellas?

Decidí investigar tu muerte, que oficialmente era un accidente. Mas no hubo prueba alguna de que así fuera. Investigué en tu familia y en tus amigos, también averigüé todo lo que pude sobre tus últimas horas de vida, que a mi pena,

ni siquiera él podía explicar. Después de leer aquella nota, sentí que un vigor y entusiasmo, desconocido hasta entonces, aumentaba cada vez más en mi espíritu. Y, cuando me sentía desfallecer por mis estudios de lo oculto, podía sentir la influencia que tu reloj, en el escritorio de nuestro padre, provocaba en el de mi muñeca. En él encontraba tu cariño. A pesar de tu ausencia en el mundo de la vida, podía sentir tu presencia en aquél reloj sin vida ni movimientos que reflejaban tu alma con ternura.

darse tan solo un mes después de nuestra graduación, era el hecho que veía prevenir causado por él mismo y su fatal error. Al nosotros tener solo veinte años el día de su muerte nunca supimos de sus reales razones. Pero ni la experiencia que otorga la vida podría decirnos que con su muerte se acercaba la nuestra.

Una nota suicida se hallaba en su diario. En ella, pedía perdón, y justificaba su cobarde muerte con el arrepentimiento de haber vendido las almas de sus propios hijos a un ente que

no pude presenciar. Recordé tu cuerpo, en el que no había señal alguna de fuerza ajena o desastre, salvo una mancha de sangre seca en tu pecho, que los médicos no pudieron o no quisieron explicar. Más tarde descubrí que lo que alguna vez fue un corazón bondadoso y benigno, en tu pecho fue retorcido y ya de él solo quedada una triste sombra. Al final, fui capaz de fabricar una conclusión en torno al final de tus días: tu muerte no fue un accidente, tampoco un suicidio, tu muerte... Fue por las manos invisibles.

bles de un asesino.

Debo admitir que lo busqué torpemente. Nadie creía una sola palabra que salía de mi boca, y no los culpo, pero a esas alturas ya nada me importaba pues familia y amigos ya había dejado atrás. Buscaba a un asesino inexistente, a un fantasma. Por desgracia mía... O, mejor dicho, ¡Para alegría mía! Lo encontré.

Te veo sorprendido hermano mío, tal parece que ni tú conoces el significado y la razón de tu propia muerte. Fuiste asesinado por un ser ajeno a este

por qué te llevó a ti primero, porque sin ti hermano mío, me siento débil e incapaz. ¡Sin ti no soy nada! ¡Soy la mitad de un ser humano! Pero, aun así, hallé las fuerzas para volver a buscar al demonio responsable de tu muerte colgando en mi muñeca.

De nada sirvió aquel trato, pues, como recordarás, nuestro padre cometió suicidio en nuestra adolescencia. ¿Recuerdas el extraño cambio de actitud que tuvo un tiempo antes de su muerte? Pues creo que la razón que lo obligó a suici-



anómalo, nuestro padre consiguió un trato que, aún así, describió como injusto: “El demonio invocado se llevará las almas de los que hoy son infantes cuando se conviertan en ‘hombres fuertes’”. Y así se hizo el trato entre demonio e invocador, quizá esperanzado que con fortaleza podríamos darle frente de una forma en la que él no pudo. Siempre has sido el más fuerte, mental y físicamente, por ende, fuiste, eres y serás el principal pilar en mi vida como sé que yo era el de la tuya. Con eso en mente, pude entender

mundo que, con sus brutales manos, tu corazón comprimió. Un ser sombrío y misterioso al que con odio nombré demonio.

¿Recuerdas los extraños libros del sótano de papá? Sí, esos que mamá nunca nos dejó leer, pero que en su ausencia nuestra curiosidad infantil nos ordenó hacerlo. Siempre intentamos adivinar de qué trataban, pero nunca, hasta hace un par de meses, supe que temas realmente se leían en esos libros extraños, que estaban en otros idiomas o en letras que desconocíamos. Algunos eran gigan-

tescos y otros, simples papeles cosidos con una portada de cuero. Eran quizás más viejos que nuestro propio pueblo, o quizás, escritos por él mismo ese mismo año. Nunca sabremos su real origen. ¿Recuerdas una página arrugada de un libro rojo en la que se dibujada una figura extraña? Esa figura era el demonio que tu alma tomó. En ese libro con el extraño triángulo en la portada, sobre una confusa hoja con la figura dibujada encima, pude identificar la letra de nuestro padre. Leí las notas del libro, más un diario que ha-

llé en su habitación y lo que descubrí fue aún peor que tu muerte. Papá es el responsable de nuestra tragedia. ¡Oh, hermano!

Papá invocó al asesino desde una dimensión oculta, así lo describían sus escritos, e intentó venderle su alma con el objetivo de alargar su vida a causa de una enfermedad desconocida para nosotros, mas el demonio no tenía intención de un alma añeja e intentó proclamar nuestras precoces almas cuando a nuestro mundo llegó. Con su poder, en contra del ser